Así pues, la Iglesia que derrama en el mundo tantos bienes, que es la institución más grande que han contemplado los siglos, que vela por los intereses eternos y temporales del hombre, tiene legítimo derecho para exigir admiración y respeto de todos, y el racionalismo no puede, en justicia, levantarse contra ella.

PARTE SEGUNDA

FASE SEGUNDA

EL LLAMADO ESPECIALISMO CIENTÍFICO

LECCIÓN XVI

Relaciones entre la ciencia y la fe.—Exposición general del asunto y bases para fundar el acuerdo entre ambas.

Después de haber tratado la cuestión filosófica y defendido el Dogma católico de los reparos que el racionalismo opone, vamos á entrar en el examen de la cuestión científica, haciendo ver que ni desde el punto de vista general, ni desde el punto de vista de los pormenores, puede la verdadera ciencia objetar nada contra las enseñanzas de la fe.

Y comenzando por lo que hay de general ó intrínseco en el asunto, vamos á ver cómo es muy puesto en razón que la ciencia y la fe no se opongan, y cómo deben establecerse las bases de esa harmonía.

Para proceder debidamente conviene fijar bien los términos del asunto, y esto nos dará motivo para comprender mejor que no es posible la contradicción entre la fe y la ciencia.

Y comenzando por la fe, decimos que por fe católica se entiende, «creer lo que no vimos, porque Dios lo ha revelado, y la Santa madre Iglesia así nos lo enseña». (1)

---

(1) P. Astete, *Catecismo*.

Esta definición de la fe, tan clara y tan sencilla, lo abarca todo y fácilmente se comprende. La fe no es visión intuítiva ó evidencia de las verdades reveladas; es creencia, es asentimiento humilde y profundo, inquebrantable y sagrado, que el hombre presta á la veracidad infinita de Dios, y obediencia ó aquiescencia á las enseñanzas de la Iglesia, que nos indica cuales son esas verdades por Dios reveladas, y que forman el tesoro divino de la fe. Creyendo á Dios hacemos acto de justísima obediencia y de altísima razón; Dios es maestro divino; tiene por lo tanto el derecho manifiesto de imponernos su enseñanza, verdad que brota de su misma Verdad infinita, y está garantizada por su infinita Santidad; creer á Dios es creer la Verdad infinita. Creer á la Iglesia es admitir su enseñanza, como regla indefectible de la fe, puesto que con autoridad legítima, que de Cristo Dios recibió, ejerce su ministerio docente, garantizado por la asistencia del Espíritu Santo. Así, pues, Dios no puede engañarse ni engañarnos; y la Iglesia no se engañará ni enseñará cosa falsa á sus hijos; por lo tanto, el acto de sumisión, el acto de confianza, el acto de fe, en una palabra, es acto profundamente racional y acto moralmente debido. El hombre que cree puede tener seguridad absoluta en lo que cree; luego, está en la verdad.

La ciencia, si es digna de ese nombre, también es verdad; pero verdad conocida naturalmente; visión intelectual ó conocimiento del ser ó de la

cosa, pero con seguridad, *cognitio certa,* y en sus causas; *per causas*. El entendimiento, que habiendo aplicado su actividad á las cosas que puede alcanzar, posee la idea de tales cosas, estudia sus relaciones, investiga y consigna sus leyes, establece el punto de partida ó sean los principios, muestra la ilación lógica de las consecuencias, reduce á unidad superior ó sistematizada ese conjunto de verdades alcanzadas por la razón, por la experiencia ó por aquellos medios apropiados á lograr el conocimiento de las cosas según su naturaleza, y forma ese cuerpo admirable llamado ciencia, que si efectivamente está constituída como el buen sentido y la razón sana enseñan es verdad, también lo es dentro de la esfera natural ó de la potencia humana, dirigida como es justo; y entonces, el hombre, dentro de ese dominio especial, está también en la verdad. Mas, si en uno y otro caso, el hombre que cree está en lo cierto, y el que discurre y sabe científicamente está en lo cierto, forzoso será que el objeto de la fe, la Verdad revelada, y el objeto de la ciencia, la verdad adquirida por el ordinario conocimiento, convengan perfectamente entre sí, y no solamente no se opongan, sino que deben harmonizarse; ambas, en último término y en su origen, deben ser como rayos de un mismo sol, y ese sol es Dios, fuente de la Revelación y fuente de la ciencia.

No obstante, se ve que á pesar de esta necesaria conformidad ó harmonía, se han levantado cuestiones numerosas, y que, aparentemente, re-

sultan oposiciones ó «conflictos» entre la fe y la ciencia. ¿Cómo se explica este hecho, y qué se requiere para obviarlo?

Vamos á responder:

Si dada la naturaleza de la fe y la naturaleza de la ciencia, es forzoso que entre ellas no se den verdaderos conflictos, claro está que ni en la fe ni en la ciencia deben buscarse las razones que den cuenta de tan extraña y soñada oposición. La causa ó causas del asunto, debe ser por lo tanto extrínseca ó ajena á esas dos luces del entendimiento; y así, forzoso será penetrar en el fondo misterioso del corazón humano para explicarse debidamente lo que aquí ocurre. El docto escritor D. Miguel Mir, en su hermoso libro *Harmonía entre la ciencia y la fe,* dedica un capítulo entero al asunto. Allí se verá que el autor dice: «El origen de los conflictos entre la ciencia y la Revelación está, no en la naturaleza de las verdades científicas ó reveladas, sino en otra causa extraña á ellas. Todo error es voluntario y tiene su origen en las pasiones del corazón, causas generales de los errores y de los conflictos entre la ciencia y la fe. El orgullo, el exclusivismo científico y la ignorancia influyen más particularmente en crear estos conflictos. Además tiende á promoverlos la mala interpretación que pueden dar algunos á las enseñanzas de la fe».

Un gran pensador ha dicho esta hermosa y profunda sentencia: «La verdad entra por el corazón»; eso mismo podría completarse diciendo:

La verdad entra y se escapa por el corazón. Es cosa bien sabida hasta dónde llega el poder de la voluntad en los actos intelectuales; y si es cierto que nadie es tan sordo como aquél que no quiere oír, ¿no sobran motivos para decir que no hay entendimiento más ciego que el de quien no quiere entender? Recordemos lo que Fichte decía á este propósito: «Nuestro sistema de filosofía, ordinariamente no es más que la historia de nuestro corazón». Y Leibnitz: «Si la geometría se opusiese á nuestras pasiones é intereses personales tanto como la moral, no la pondríamos en duda ni la violaríamos menos que á ésta, á pesar de todas las demostraciones de Euclides y de Arquímedes, las cuales no hallaríamos gran inconveniente en tenerlas por sueños y paralogismos». Las pasiones nublan la razón, el corazón apasionado lleva consigo un poder avasallador, y la voluntad, aguijoneada por la pasión, obra de tal suerte sobre el entendimiento, que á su sabor le maneja y domina. Pudiera decirse que el corazón es el gran abismo de donde salen las grandes ideas, pero también lo es de donde salen los dañados pensamientos; el corazón nos salva ó nos pierde; si el corazón es recto, los pensamientos lo serán también; de un corazón interesado en huír de la verdad saldrán todos los errores imaginables.

A eso, añádase el poder inmenso que la soberbia tiene para levantar en el alma del hombre infinita barrera al mundo de la verdad. El

orgullo es dominador, altivo, absoluto; no sabe condescender, no entiende de sacrificios ni reconoce derechos; y el entendimiento orgulloso es una luz que más bien abrasa que alumbra; es un vértigo, cierta locura dominadora para quien no se dan otros derechos ni más razones que el egoista reinado del propio yo, de la opinión caprichosa del alma soberbia que se erige en oráculo del saber y se hace superior al mismo Dios; en tales condiciones, ¿cómo no habrán de surgir errores, obstáculos, reparos y cuanto es posible pensar, para desfigurar la verdad y aún negarla atrevidamente, si al propio orgullo así le viene en talante?

Por último; así como en el orden fisiológico hay las idiosincrasias, que destruyen la harmonía en las energías orgánicas, así en el orden intelectual hay ciertas idiosincrasias, que perturban las disposiciones harmónicas de la mente. El artista que sólo da lugar ó espacio á los asuntos de su arte, ó el sabio que se encierra obstinadamente en sus frías fórmulas científicas, se tornan inhábiles para juzgar de los trabajos ajenos á su arte ó á su ciencia, y si por ventura entrasen en discusión, difícilmente lograrían entenderse. Así, los que ponen todo su afán en los estudios de experimentación física, muy difícilmente alcanzan la fuerza de razón que asiste á los que se ocupan en estudios psicológicos y metafísicos; ese desequilibrio en el ejercicio de las facultades acaba por inutilizarlas, y de ahí los desatinos en

que dan los sabios que todo lo ponen en el estudio de la materia, cuando pretenden discurrir sobre asuntos de carácter filosófico.

Todo lo dicho, que no es poco, se acrece si se tiene en cuenta la estupenda ignorancia que de las cosas de la Religión tienen algunos que la combaten, achacándole lo que no enseña, suponiendo lo que no existe, ó desfigurando lo que constituye su verdad bien entendida. Y es cosa singular que tratándose de asuntos religiosos, todos se creen maestros, aunque sin haberse molestado mucho en el estudio de esa ciencia vastísima, difícil, profunda y misteriosa, que sobrepuja, en verdad, cuanto el hombre puede alcanzar; si en estas cosas una prudente reserva, una modestia intelectual tan necesaria mediasen, como es justo, no se oirían seguramente tantos despropósitos ni tantas impiedades.

Ahora bien; si en buena razón no cabe establecer disonancias entre la fe y la ciencia, ¿cuál debe ser en este caso la conducta que todos deben observar? No es difícil responder á esto; procedan todos con mesura; el sabio respete la competencia del teólogo, y el teólogo respete las legítimas enseñanzas del sabio; cada cual exponga con modestia sus pareceres y desconfíe de sí mismo; no se den como reveladas doctrinas que no lo son; no se ofrezcan como doctrina inconcusa de la ciencia opiniones que pueden resultar fallidas; una cosa es la verdad de fe, verdad revelada, indefectible enseñanza, y otra la doctrina

del teólogo, que como doctor ó sabio particular puede equivocarse en sus juicios; una cosa es la enseñanza de la ciencia, propiamente dicha, y otra los pareceres de éste ó del otro sabio, que pueden resultar equivocados; mucha prudencia, mucha modestia, mucho amor á la verdad, y entonces habrá seguras bases para un acuerdo.

LECCIÓN XVII

La fe y la geología.—1.º La cuestión puramente cosmogónica.—2.º La obra de los seis días.—3.º El diluvio universal.

Después de haber establecido filosóficamente que entre las enseñanzas de la fe y las de la ciencia no es dado encontrar verdadera oposición ó conflictos, ahora vamos á entrar en los pormenores, y veremos eso mismo confirmado. Y como quiera que el punto de partida en estos asuntos debe ser el hecho de la creación *ex nihilo*, ó sea la cuestión llamada cosmogónica, por aquí debemos comenzar, estableciendo que entre las enseñanzas de la fe que nos dice que «el mundo, ó sea el universo, fué creado por Dios de la nada», y lo que puede enseñar la ciencia más meticulosa sobre ese punto, no cabe oponer la más leve contradicción.

Para proceder con claridad expongamos, antes de nada, el hecho bíblico, ó sea la bellísima página en donde se da cuenta de ese primer y capital acontecimiento. D. Miguel Mir, en su notable libro *Harmonía entre la ciencia y la fe*, traza al efecto la hermosa y clara exposición que sigue:

«*En el principio crió Dios el cielo y la tierra, y la tierra estaba confusa y vacía; y las tinieblas cubrían la faz del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.* Con estas palabras se abre la historia del mundo, que es la historia de las maravillas de Dios y de la efusión de su amor infinito sobre todas las criaturas. La soberana majestad de Dios, después de haber estado por toda la eternidad sola, gozándose en sí misma y en la contemplación de sus perfecciones con una felicidad y bienaventuranza infinitas, queriendo comunicar á otros seres algún rayo ó semejanza de su virtud, determinó crear este mundo que vemos, llamándole del no ser al ser con el poder de su palabra viva, eficacísima é incontrastable. De esta palabra brotó en el principio de los tiempos cuanto hay en el cielo y en la tierra, no como desarrollo, desenvolvimiento ó emanación de la divina substancia, sino verdaderamente de la nada, sin ninguna materia precedente, y por la libre voluntad del Ser divino. Cuándo salió de los labios de Dios esta palabra, y en qué instante surgieron de la nada los mundos, no es posible averiguarlo. No hay paralaje, dice elegantemente un autor, que nos permita calcular ó tantear la distancia de tiempo que media entre el momento actual y el del acto creador; pero los fenómenos que presenta el universo son de tal naturaleza, que declaran con toda evidencia que han debido

de tener un principio, confirmando admirablemente la enseñanza de la fe, *por la cual,* dice San Pablo, (Hebr., XI, 3), *entendemos haber sido compuestos los siglos por la palabra de Dios, siendo hecho lo que se ve de lo que no se veía*». Y más adelante, escribe este breve y substancioso párrafo, que debe tenerse muy en cuenta:

«Tal es la idea que da la Biblia acerca de la creación del universo, creación que, ora la consideremos instantánea y total, ora sucesiva y parcial en cada punto de tiempo, contesta á maravilla con lo que han discurrido sobre el particular astrónomos y matemáticos insignes, y con lo que acerca del estado primitivo de la materia enseñan las varias partes de la ciencia moderna, en especial la más bella y reciente de todas, la teoría dinámica del calor».

Como quiera que el argumento que se toma de la termodinámica es de tanto valor por su carácter científico, y sin olvidar que la metafísica ofrece también su poderoso argumento, fundado en la necesidad de un ser independiente autor ó creador, propiamente dicho, del universo, realidad contingente, vamos á copiar la exposición hecha por el mismo D. Miguel Mir, en su ya citado libro, tocante á las enseñanzas de la referida termodinámica:

«Si la materia fuese eterna, determinada por sí misma á existir, y, por consiguiente, á moverse, cualquier fenómeno, el que se realiza actualmente, por ejemplo, distando un tiempo infinito

del origen del movimiento, debería haber alcanzado ya el resultado último de la fórmula general en que estuviese contenido; y así se habrían realizado todos y cada uno de los movimientos de esta serie inmensurable; y como cualquier época que se considere conduciría á las mismas consecuencias, es forzoso concluir que haría ya mucho tiempo, más bien una eternidad, que el mundo habría llegado á este estado *límite,* en que, disgregados todos los elementos, habría cesado toda su energía visible y transformádose en vibratoria y molecular; en una palabra, si el mundo fuese eterno, hoy estaría muerto; luego el estado actual del universo nos muestra que ha tenido principio, que hubo un momento, alejadísimo, sí, de nosotros, pero en sí perfectamente determinado, en el cual se ejecutó el primer movimiento, el primer impulso, la primera vibración; y como este primer movimiento no lo puede el universo recibir de sí mismo, pues nadie da lo que no tiene, hay que atribuirlo á una causa extrínseca, independiente y superior al mundo material, y que comunicando á la materia su actividad, fué preparando los fenómenos que se ofrecen á nuestro estudio; luego cada movimiento que vemos, cada fenómeno que observamos, cada molécula que vibra y se agita, y con su agitación despierta nuestra curiosidad, nos indica y señala como con el dedo aquella esencia soberana, toda luz, toda actividad, toda movimiento y vida, que, sacando de la nada á la materia de que se compone el universo,

le comunicó el soberano impulso que la sacó de su inercia, y que hoy circula por ella y la remueve y agita como en inmenso oleaje; luego las bellezas de la creación, con la ley que las rige y preside, nos prueban con evidencia irresistible que antes que ellas surgiesen de la nada existía ya un ser espiritual, substancia dotada de entendimiento y voluntad, que sacó á la luz las cosas visibles, y las adornó y embelleció con maravillosos resplandores, que dispuso y concertó esta fábrica admirable, y que, así como la mano del hombre arranca del arpa notas melodiosas, así su mano invisible, tocando á la materia, hizo brotar de ella las misteriosas harmonías de la luz, del calórico, del movimiento, y todas las magnificencias que excitan nuestra curiosidad y admiración».

La obra de los seis días.—Queda dicho que la ciencia con sus enseñanzas acaba de confirmar uno de los Dogmas capitales de la fe; el Dogma de la creación del mundo hecha por Dios; de suerte que en este punto la cosmogonía y la fe enseñan la misma cosa; después de esto no queda ya refugio á la negación atea, y así de igual acuerdo son la doctrina metafísica, la doctrina científico-cosmogónica y la Verdad revelada. Mas ahora, vengamos al estudio general de la obra de los seis días, y veamos si es dado á la ciencia oponer nada serio contra el Exameron. Los trabajos que á este asunto han dedicado los apologistas, darían labor más que mediana, si hubiésemos de dar cuenta de todos ellos; entre las obras que han

tratado este punto, hay una reciente, *Les origines,* del doctísimo profesor, J. Guibert, S. J., libro que junta al orden y excelente método una gran claridad y mucha sobriedad en la exposición; nada mejor, en el caso presente, que tomar de allí algunos párrafos que tratan esta cuestión. Veámoslos:

1.º «No es dado poner en duda la formación lenta y progresiva del universo por la acción natural de las fuerzas físicas. Si las primeras fases son hipotéticas, porque se substraen á la observación, por lo menos las fases geológicas, con la dilatada duración que suponen, son ciertas.

2.º «Para los creyentes, la cosmogonía bíblica es un documento integralmente inspirado que seguramente no nos enseña el error. Mas la cuestión está en saber lo que esta cosmogonía nos enseña expresamente.

3.º «Nos enseña ciertamente el hecho de la creación, el Dogma de un Dios uno y personal, y por lo tanto los deberes religiosos del hombre con respecto á su Creador.....

4.º «En lo tocante á la naturaleza del cuadro, es decir de la narración que sirve de envoltura á esa enseñanza, tres opiniones dividen actualmente á los católicos:

a) «Para los *concordistas* es un cuadro propiamente histórico en el cual los días significan, en el orden mismo en que se suceden, las fases diversas por las cuales ha pasado la tierra hasta nuestros días.

b) «Para los *idealistas* es un cuadro puramente artificial en el cual el autor sagrado expuso las obras de Dios más sobresalientes, adoptando seis cuadros para representar los seis días de la semana.

c) «Para los *críticos* es un cuadro tomado por el autor, inspirado en las tradiciones populares y en la ciencia cosmogónica del tiempo en que escribía, adaptado y depurado de suerte que enseñase la verdad religiosa y el reposo sabático.

«No nos sorprendamos de que la exégesis ortodoxa revista diversas formas accesorias al mismo tiempo: esta variedad de opiniones existió siempre. En tanto que la Iglesia no se decida, los sistemas tienen el valor de las razones de sus autores. En todo caso, cada cual de ellos es perfectamente afirmativo cuando se trata de revindicar el origen divino del texto y su infalibilidad».

Sintetizando lo que acerca del asunto enseñan la ciencia y la Biblia, dice el mismo autor:

«Según el documento científico, Dios creó el mundo haciendo obrar, durante un número incalculable de siglos, las fuerzas naturales. Según el documento bíblico, parece que Dios creó el mundo en seis días y que dispuso todas sus partes mediante una intervención inmediata de su omnipotencia.

«Entre estas dos soluciones dáse oposición aparente».

Ahora bien; si se han de estudiar debidamente las cosas, forzoso es proceder con la debida formalidad, y tener presentes los siguientes principios que el mismo autor trae á la memoria:

1.º «No cabe darse contradicción real entre la Biblia y la Revelación. 2.º Deben preferirse las conclusiones científicas ciertas á una exégesis dudosa. 3.º La Biblia y la ciencia no se proponen igual objeto y no emplean los mismos procedimientos. 4.º El primer capítulo del Génesis contiene enseñanzas religiosas ciertas. 5.º La interpretación del texto sagrado debe tener en cuenta, no solamente la significación material de las palabras, sino también el género á que el escrito corresponde, el pueblo á quien iba dirigido, las circunstancias de lugar y tiempo en que fué hecho, el objeto que se propone el autor. Esta regla es elemental tratándose de crítica textual».

Para terminar este punto, véase el resumen admirable que hace á este propósito, en su doctísima obra *La Creación, la Redención y la Iglesia,* el sabio obispo de Oviedo, Iltmo. Sr. Martínez Vigil:

«El punto de partida de todo el ornato del universo es una nebulosa *(terra erat inanis et vacua, seu invisibilis et incomposita),* que animada del doble movimiento de rotación y de traslación *(spiritus Dei ferebatur, incubabat seu confovebat super aquas),* sobre el caos, se concentró en diferentes núcleos, cuya energía vibratoria se aumenta á expensas de la energía visible, transformando el movimiento en calor y el calor en luz *(fiat lux, et facta est lux).* Estos núcleos se condensan más y más hasta convertirse en es-

feroides, uno de los cuales es la tierra, luminosa como el sol en su juventud, y que se aparta más de éste en la edad madura, enfriándose y haciéndose opaca *(fiat firmamentum, seu extensio in medio aquarum et dividat aquas ab aquis)*; endurecióse su corteza y se delineó su contorno, reuniéndose las aguas en las partes bajas y quedando á la vista la parte seca *(et apareat arida, vocavit aridam terram)*, etc. La parte seca, vivificada por la luz difusa que llegaba hasta ella al través de una atmósfera aún muy densa, se cubrió de vegetales inferiores *(germinet terra herbam virentem)* que purificaron la atmósfera, dejando visible el disco ya condensado del sol y de otros astros *(fiant luminaria in firmamento seu extensione coeli)*, y prepararon la tierra para la habitación de sus primeros animales, representados especialmente por los reptiles acuáticos, terrestres y alados *(producant aquae reptile... et volatile super terram)*, mientras que marcándose más los climas por la mayor concentración del sol, por el desarrollo de las plantas y árboles más perfectos y por la elevación de montañas, llega el momento de la aparición de los grandes mamíferos *(producat terra jumenta et reptilia et bestias)*; y, finalmente, la del hombre, el más joven de los seres formados por Dios y el único que comprende y admira tantas maravillas *(faciamus hominem)*.

«Es decir, que la teoría moderna de la formación de este mundo material sigue las grandes

líneas trazadas por Moisés ha ya cerca de cuatro mil años.

«No hay conflictos entre la ciencia y la fe, ni entre las hipótesis racionales y las cosas que sólo accidentalmente pertenecen á la fe, ni en lo que atañe al origen del mundo, ni en lo que se refiere á su formación, distinción y ornato.

«Resumiendo cuanto se ha expuesto hasta aquí, llegamos á las siguientes conclusiones de la ciencia, de la filosofía y del Dogma respecto al origen del universo:

«*La ciencia:* nada sabe del origen de la materia; sus medios de investigación no tocan el problema: *ignoramus, ignorabimus*.

«*La filosofía:* demuestra la necesidad de una primera causa distinta é independiente de la materia.

«*La fe:* afirma la creación como obra de Dios omnipotente.

«Las demás cuestiones son libres».

El Diluvio universal.—Para poder fijar debidamente lo que la fe y la ciencia pueden sobre este punto ofrecernos, debemos comenzar asentando con precisión las enseñanzas que la fe presenta en este punto; el abate Cauly fija los conceptos diciendo:

«Las únicas verdades dogmáticas ó de fe que resultan de esta narración de Moisés (sobre el Diluvio) son: 1.º que el Diluvio de que habla fué *real* y que fué un castigo de Dios; y 2.º que este Diluvio envolvió en una destrucción común á todo

el género humano, á excepción de Noé, su mujer, sus tres hijos y sus mujeres; y, en consecuencia, que la tierra se repobló por este patriarca y sus descendientes». (1)

No hay para qué insistir mucho en lo referente á la existencia ó hecho histórico del Diluvio; como tradición está encarnada en la historia de todos los pueblos, comenzando por el pueblo hebreo, y siguiendo por los caldeos, griegos, indios y chinos, hasta los americanos. A esas tradiciones júntanse las enseñanzas de los geólogos; Mr. Cuvier, después de haber estudiado el asunto, afirma lo siguiente: «Creo pues, con MM. Deluc y Delomieu, que si hay algo demostrado en geología es que la superficie de nuestro globo ha sido víctima de una grande y súbita revolución, la fecha de la cual no puede subir mucho de cinco á seis mil años». Pueden también unirse aquí las afirmaciones dadas por M. Boné, M. Louis Figuier, que está terminante, y Paff, que entre otras cosas dice: «La verdad de la narración bíblica está suficientemente protegida contra los ataques de la ciencia (mejor sería decir de los sabios), desde el momento en que nada se encuentra en este relato que se halle en oposición con los hechos científicamente demostrados, ó que pueda ser demostrado como imposible por la geología».

En cuanto á la universalidad del Diluvio, es decir, á la universalidad rigurosa ó total y á la

(1) Abate Cauly: *Religion et catholicisme,* parte segunda.

universalidad parcial ó relativa, limitada á cierta porción de la tierra, andan divididos los pareceres. A este propósito, dice el citado abate Cauly:

«Ambas opiniones están permitidas y cada cual tiene sus defensores, bien que la primera, que opta por la universalidad absoluta, sea *teológicamente* más probable». Los partidarios de ambas tienen sus argumentos, y la Iglesia, por ahora, nada resolvió tocante al asunto.

El referido abate Cauly se hace cargo de las objeciones hechas contra el Arca ya por lo que se refiere á su construcción, ya por lo que toca á sus dimensiones; esas objeciones, dado el momento en que nos hallamos, no merecen respuesta; nótese que la tuvieron y victoriosa, y así nada cabe argüir actualmente sobre ese punto. Ni cabe tampoco preguntar cómo habría suficiente cantidad de agua para envolver la tierra entera, pues las aguas de los mares, las de los ríos y la masa inmensa que se halla flotando en estado gaseoso en el espacio habrán podido muy bien bastar para que el hecho ocurriese, aun en el sentido de la universalidad total.

LECCIÓN XVIII

La fe y la astronomía.—La astronomía y la narración mosaica.—La filosofía y la narración astronómico-mosaica.

La astronomía, ciencia que se ocupa en el estudio de los astros considerando su naturaleza y las leyes porque se rigen, alcanzó extraordina-